

# El adiós de las chilenas al Ejército Libertador y la contestación

Por

Sady Zañartu

Del Instituto de Conmemoración Histórica

**A** caso desvirtuadas por el carácter fueron estas despedidas dejadas a un lado, siendo objetadas sin referir los momentos en que se exteriorizaron y distribuyeron a los cuerpos militares. Se escuchan los recitados de los diferentes cantos durante el embarque y a bordo de las naves. Reunidas algunas noticias del efecto, que su lectura causara, la naturaleza del acto se magnifica por la extremada condición de la hora en presencia de una escuadra que va a partir en la expedición libertadora del Perú, el 20 de agosto de 1820.

No son arengas ni se explican como recomendaciones fortuitas en la epopeya y varían en el acto por su pasión, comunicada en la visión del mar, y tienen el mérito de dar la nota viva que aguijonea el amor humano a la contienda. ¿Qué puede ser sino una visión nueva para un ejército que preludia este proyecto de ataque trazando un mapa del teatro de operaciones?

El espectáculo es bello y con ribetes de fiesta náutica aunque los versos son diferentes por el acento eufónico, apretados de ideas, y casi en perfecta visión de la odisea. Se anticipa el canto al triunfo y nada se exagera de cuanto va a pasar porque los hechos son determinantes. El

poeta no está, pero, en cambio, se ve la acción en la multitud por lo que refieren los hechos.

Ellos tienen una realidad dramática por el momento histórico que representan: "Despedida de las chilenas al Ejército Libertador del Perú" y la "Contestación de ese Ejército".

No se podía coordinar el epíteto a un pueblo, como España, de una maternidad santa, con relativos géneros por la expresión nueva en los acentos. Ambos cantos dejaban un reguero de noticias que no se expresan por el raciocinio político —aunque todo es humano en los poemas— y de ellos no se puede sino conciliar la entereza de los hombres frente a las mujeres que han acudido de Santiago a distribuir las impresiones hechas. Otras leyeron algunos trozos con emoción propia del momento. Lo estrecho del espacio no dio oportunidad para difundir mayormente éstas que fueron quienes dieron la pauta al fogoso amor de la despedida. De otras referencias muy pocas quedaron y algunas pruebas se conservaron en la memoria sin dejar constancia de su carácter por el estilo empleado en los trozos que, aunque repartidos, dieron emoción al canto indestructible desde que muchos de esos cuerpos no regresaron a la patria.

La entereza de las mujeres es notable por el amor a la herencia hispana, a lo que es una guerra en los pañales de la liberación nacional. De los pormenores de su recitado nada se ha dicho después, ni de los autores de ambos poemas sometidos a la suspicacia de los historiadores, por lo general poco afectos a la alborada poética que representan con el advenimiento patrio. No se advierte sino el rito, una filosofía rayana en los sueños de la enciclopedia, lo etéreo del canto fugaz por la emoción aún saturada de la leyenda greco-latina, el género nativo alterado por nuestros compases autodemocráticos.

El argentino Bernardo Vera y Pintado forjó nuestra primera canción bélica y sirve de antagonismo el carácter político del cambio que hay en los retruécanos poéticos, una misma soledad para decir lo que se siente en la odisea que comienza, aun cuando se rechaza el término ajustados a los actores de la emancipación. La espada impedía coger la pluma y cuando algún patriota logró tomarla, produjo obra urgida y fragmentaria.

Otro punto es la exposición temaria, la multitud cohibida para escucharlos ante los precursores de la independencia nacional.

"No se mostrarían ingratas ni insensibles las chilenas a la partida de los bravos, pues corren todavía las animosas estrofas que circularon en las filas. Se oyeron los versos:

Qué terrible contraste  
¡oh, dulce patria amada!  
la expedición deseada  
causa en el corazón.

Al entrar en la lancha, escribió el apuesto y gallardo general Miller a un amigo de Santiago, ese mismo día: "Me costó mucho mantener secas mis mejillas; casi todo el mundo lloraba".

"Estas despedidas, demasiado largas para ser tiernas, fueron publicadas aparte, en pliego in folio. Los oficiales y soldados contestaron en 4º con mal perfilados versos en que por supuesto campeaban Tirteo, las nueve musas, Arauco, la Hydra y todo el mal gusto de las composiciones de Vera y Lafinur, los tirteos de la época; Camilo Henríquez podía haber hecho algo mejor, pero se hallaba todavía en Buenos Aires.

La última estrofa de la contestación de los oficiales del Ejército Libertador, concluía así:

¡Oh sexo amable, salve! ¡El cielo quiera que con la libertad pronto volvamos!  
Quisiera haceros felices y a nosotros  
de Chile dignos y de vuestros brazos".

"El espectáculo —dice la relación que de este hecho trabajó el general Zenteno y que el historiógrafo García Reyes limitóse a condensar en unas pocas líneas—, que representaban los cuerpos en su orden progresivo de marcha hacia el embarcadero, era tan interesante como sublime el entusiasmo que brillaba en todos los rostros, desde el primer jefe hasta el último pífano, apenas se apartaban del suelo que los vio nacer, prorrumpan en un grito espontáneo y animador: ¡Viva la patria! ¡Viva la libertad!, cuyas voces repetidas con la emoción más patética por el inmenso concurso espectador producía una escena tierna, importante y consoladora" (1).

El recitado era imperdonable si no aliviaba la emoción pura de la grandeza de esta hora homogénea de la libertad americana, dentro de lo propio del acto físico, por la apariencia fuerte de la expedición que va dejando el recinto a medida que ocupa los transportes fondeados en la bahía. Se calculaba un batallón o trescientos hombres por buque, sin contar los de guerra. A cada soldado se hacía retener una o más estrofas, casi una misiva del corazón, debido a la constancia de la mujer, que oía el llanto de la despedida con el ánimo dispuesto al tiempo largo del embarque, que había comenzado en las vísperas del cumpleaños de don Bernardo O'Higgins, y terminaba al atardecer del 20 de agosto cuando su brazo señala la buena vela de los últimos barcos que navegan al norte.

Era un domingo de sol radiante en Valparaíso.

Los amores no se pueden escribir en trozos de papel ni es propio reponer el dolor de una odisea semejante si no se redacta el mensaje de estos versos impremeditados por dos nombres que figu-

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín: "San Martín". La Revolución de la Independencia del Perú. Volumen VIII. Edición Universidad de Chile,

ran como coautores: Bernardo Vera y Pintado y Juan Crisóstomo Lafinur, ambos de contenida sensibilidad política. No se apartan del género y se unen a despecho del tiempo irreversible en que fueron escritos. La tarea de uno y otro es de compás de espera en los asuntos de gobierno.

Vera y Pintado tenía por norma los cantos oficiales y por petición de O'Higgins escribió el primer "Himno Nacional". Al oírlo Lafinur le desagradó, sobre todo por la poesía. Concibió la idea de reemplazarlo con la letra y la música. "Llevó a cabo este pensamiento con muy buen éxito, pues exceptuando la música del coro, algo trivial, la estrofa era muy buena. Se cantó en el Teatro de Arteaga y fue muy aplaudida, pero en ese mismo instante cayó en cuenta de que quizá había herido la susceptibilidad, no sólo de Robles, autor de la música, sino también la del doctor Vera. La recogió esa misma noche y no se cantó más" (2).

La historia no nos da muchos pormenores de estos cantos aunque encontramos referencias en diversos autores que expresan la belleza formal del trabajo. No sólo se dejan a un lado sino que se destinan a un olvido perentorio, de reducida proporción, a no mediar el recuerdo de la partida. "Con San Martín iban los soldados de Chacabuco y de Maipú, y Lord Cochrane tenía el mando de la escuadra. La victoria se consideraba asegurada y la partida del ejército tenía el aspecto de un triunfo. Entre las poesías que se publicaron con esta oportunidad, merecen atención la despedida de las damas de Chile y su respuesta (3).

La exposición traduce el objetivo profético de la emancipación, que no se puede diseñar en razón del carácter de dos pueblos, Chile y Argentina. Por eso los cantos no disienten del tema. El recado a la mujer chilena queda en pausa resistiendo la tormenta de la expedición fortalecida por el amor. Entre dos banderas

no hay más que un canto, el de la marinería, el saloma de los ingleses. Hacia el horizonte, el pabellón de los Ejércitos Unidos, las escarapelas azul y blanca, los tricolores.

El embarque iba a ser premunido de arrebatos y sollozos por la característica popular que tuvo la llegada de los batallones concentrados en el cantón de Quillota y que ocuparon el puerto entre el Castillo de San José y el Arsenal bajando por sus laderas al embarcadero. El tiempo fue benigno durante la marea de la noche hasta el despertar del 21 en que aún quedaban barcos de menor calado.

El pueblo estaba en pleno jolgorio por la concurrencia de las vecindades, la llegada desde Santiago de calesones y carretas engalanadas. Se ha olvidado cómo ambos cantos fueron leídos y escuchados en instantes de suprema angustia. El anciano daba su bendición al hijo arrodillado; la madre colgaba escapularios en los pechos; el hermano besaba a la novia. Algo se ofrecía, una medalla, una cinta tricolor, un papel para escribir. Nadie dejaba de mirar a los suyos pidiendo amor. El voto era común como el juramento. El batir de los pañuelos deja una sombrilla de esperanzas. Parece el tiempo de fiestas y es de lágrimas. Hay sollozos y guitarrazos. El llamado del verso, a los héroes de la libertad. Un cordón de mujeres asedia a lo largo de la playa. Por una orden general a ninguna se le permite el embarque. Allá, en Lima, una espera se aguardaba en el artesonado virreinal:

"... Dios piadoso,  
Rompe ya las cadenas  
De la tirana opresión,  
Cese el luto que atormenta  
Por tres dilatados siglos  
A mi constante prudencia.  
Buenos Aires, Santa Fe  
Caracas y Chile bella  
Ya disfrutaban de la gracia:  
Disfruta Lima sincera..."

Aquí estaba la unión de dos naciones en el ardor de la empresa libertadora. Las mujeres daban paso a la patria, el corazón desprendido, las joyas, los adornos, el anillo querido. ¿Quién las tasó? ¿El verso? ¿O el canto por la libertad?

(2) Zapiola, José: "Recuerdos de Treinta Años". Editor Guillermo Miranda. Santiago, 1902.

(3) Graham, María: "Diario de su Residencia en Chile". Editorial América, Madrid.

EL ADIOS AL EJERCITO LIBERTADOR DEL PERU  
DESPEDIDA DE LAS CHILENAS (4)

Qué terrible contraste  
 ¡oh dulce patria amada!  
 la expedición deseada  
 causa en el corazón.  
 Ya es tiempo de cumplirse  
 tu orden irrevocable:  
 La libertad amable  
 lidia con el amor.  
 ¡Amor!... ¡Patria!... marchad:  
 Marchad, bravos guerreros,  
 y volved los primeros,  
 y volved vencedores.  
 A que la gratitud y los amores  
 os ciñan la corona merecida  
 de inmarcesible honor, sólo debida  
 a los héroes de la libertad.  
 Silencio amor... marchad  
 defensores de Chile  
 corred a la victoria  
 y volved con la gloria  
 que os adquiera el valor.  
 El cobarde que ceda  
 a menos noble empeño  
 vea siempre airado el ceño  
 de la diosa de amor.  
 Sí, guerrero... marchad...  
 Nuestro sexo os envidia  
 y el alma entera lidia  
 con inútil violencia  
 entre el amor, la patria y la impotencia.  
 de nuestra débil mano, que esmerada  
 texerá la guirnalda preparada  
 a los héroes de la libertad,  
 silencio amor... marchad.  
 De Chacabuco y Maipo  
 ¿quién el triunfo ha olvidado?  
 ¿quién el denuedo osado  
 que inspira la virtud?  
 ¿Cobardía?... ¡Oh, qué infamia!  
 ¿Qué cosa es cobardía?  
 ¿Ella cupo algún día  
 en los hijos del sud?  
 Hijos del sud: marchad.  
 Y se inflame más fuego  
 que aquel que el amor ciego  
 en el corazón prende,  
 la cara patria vuestro ardor enciende  
 enmudezcan los torpes, los profanos,  
 y atónitos se humillen los tiranos  
 A los héroes de la libertad  
 silencio amor... marchad.  
 Que no llore la esposa  
 ni la madre querida

(4) Museo de Concepción. Copia registrada en 1924 por Hugo Gumekel.

cuando se le despida  
el dueño de su amor.  
¿Morirá? . . . ¡Dulce muerte!  
¡Bendecido del cielo!  
en ti misma el consuelo  
presentas al dolor.  
No hay llanto, no; marchad,  
salvad al oprimido:  
y que el Perú reunido  
a la causa sagrada  
y a la amistad por Chile acreditada  
suba al rango a que Chile se ha elevado  
y la naturaleza ha señalado  
a los héroes de la libertad,  
silencio amor. . . marchad.  
Ciudadanos ¿qué os falta?  
por nuestra parte nada  
no hay cosa reservada  
a tan bizarra acción.  
Las joyas, los adornos,  
el anillo querido. . .  
de todo desprendido  
se encuentra el corazón. . .  
Sí, patriotas, marchad,  
que no habrá sacrificio  
que en gloria y beneficio  
de la patria no hagamos.  
Hasta hoy con entusiasmo recordamos  
que Pericles el oro de Minerva  
al pelear por su patria nos reserva,  
es la causa de la libertad,  
¿quién la tasó? . . . marchad.  
¡Oh, mar del sud, oh vientos!,  
sed prósperos y suaves  
mientras que nuestras naves  
surcan su expedición,  
mirad que ellas conducen  
a la más digna empresa  
lo que hacen la fineza  
de nuestro corazón.  
Compatriotas, marchad:  
que el cielo justo y bueno  
un mar siempre sereno  
dispuso por camino  
a los que van a dar su alto destino  
al Perú libre de sus opresores,  
entreted, peruanas, con mil flores  
el laurel noble de la libertad:  
silencio amor. . . marchad.  
Ay, cielos que se apartan  
ya nuestras playas dejan  
y al paso que se alejan  
les sigue el corazón,  
muy remotos se escuchan  
los vivos del saloma  
y en la "O'Higgins" sólo asoma  
flameando el tricolor.

¿Con que os vais? . . . Sí . . . , marchad,  
que aunque en esta partida  
el alma se divida;  
pero ella toda entera  
es de la patria y hoy su voz impera.  
Cuando pisareis del Rímac la tierra  
que no haya oposición: ceda la guerra  
a los héroes de la libertad  
silencio amor . . . , marchad.  
Hermosuras de Lima,  
nobles y generosas,  
recibid obsequiosas  
los hijos del valor,  
otro mérito no hallen  
ante esos ojos bellos  
que el que se ganen ellos  
venciendo al opresor.  
Sí, valientes . . . , marchad,  
manes de Isiratea  
encendedles la tea  
que debe guiar su paso,  
a Mitridates en más duro caso  
tu varonil acompañar quisiste:  
reanima hoy el ardor que allá le diste  
en los héroes de la libertad.  
Silencio amor . . . , marchad . . .  
al pisar esa tierra  
en riquezas fecunda  
la sangre que le inunda  
sensibles recordad,  
mil cenizas ilustres  
son allí confundidas  
con los liberticidas  
siervos de la crueldad.  
¡Venganza!, sí . . . marchad,  
pero andad persuadidos  
que con los oprimidos  
no está cruda la guerra,  
contra el tirano de inocente tierra  
es sólo la venganza: él solamente  
con su séquito vil la experimente  
de los héroes de la libertad  
silencio amor . . . , marchad.  
¡Oh!, que ninguno vuelva  
con la nueva importuna  
que frustró la fortuna  
de la patria el poder.  
Vergüenza eterna cubra  
al fatal mensajero:  
que se muera primero  
si no pudo vencer.  
¿Y el amor? . . . no . . . marchad,  
no hay más que el patrio fuego  
el que como aquel griego  
resto de los trescientos  
nos traiga tristes acontecimientos  
será como él de todas despreciado;  
que nuestro corazón es reservado

para los héroes de la libertad  
 silencio amor... marchad.  
 ¿Regresáis vencedores?  
 ¡Oh, patria! ¡Oh amor santo!  
 brote del pecho, tanto  
 cuanto se reprimió,  
 corazón, a los héroes  
 abrazad con ternura:  
 la gratitud más pura  
 signifique su ardor.  
 Amados... sí... marchad,  
 a Dios, y volved presto  
 no haya acaso funesto  
 que el retorno os impida  
 vais a exponer con gloria vuestra vida:  
 que la presente edad y la postrera  
 bendigan en la paz dulce y sincera  
 a los héroes de la libertad,  
 marchad... a Dios... marchad.  
 Mil millones de pueblos  
 que se irán sucediendo  
 y los que están oyendo  
 este tan tierno adiós  
 tienen fijos los ojos  
 en los libertadores,  
 id pues, y vencedores  
 ganad su admiración.  
 Adiós... adiós... marchad,  
 que ya silencio ordena  
 ese cañón que truena  
 la partida anunciando.  
 ¡He aquí el momento! ¡Oh patria! ¿y hasta cuándo  
 la tregua del amor contigo?  
 Hasta vencerse el último enemigo  
 por los héroes de la libertad.  
 Vencedle, pues... marchad.

### CONTESTACION DEL EJERCITO LIBERTADOR (5)

No hace impresión tan grata la luz pura  
 en quien la ve después de haber cegado,  
 ni los sublimes versos del Tirteo  
 inspiran tanto ardor al espartano,  
 como ese fuego, bellas compatriotas,  
 con que habéis al Ejército inflamado  
 cuando sabéis mostrar al despediros  
 que se halla en el amor la alma de Arauco.  
 ¡Oh, patria! ¡Oh, feliz Chile! Enhorabuena  
 sean el último adiós, cuando al dejaros  
 dejamos en tu seno al sexo hermoso  
 capaz de hacer dichosos los estados.  
 ¿Qué son las leyes ni qué son las armas  
 si vosotras poseéis el fuerte encanto  
 de infundir la virtud a una mirada

(5) Museo de Concepción. Copia registrada el año 1924 por Hugo Gumekel.

y calmar el furor abriendo el labio?  
 Toda la vigilancia de los códigos  
 es traicionada por el vil malvado  
 y al sordo combatir de las costumbres  
 en vano se levanta airado el brazo.  
 Hablad vosotras y esa cruda guerra  
 veréis como suspende sus estragos,  
 y que en lugar del vicio se entroniza  
 la virtud bella de quien sois retrato,  
 cuando la Hydra fatal de las facciones  
 asome en nuestra ausencia algún amargo,  
 sólo a vosotras, nobles hermosuras,  
 sus cabezas funestas encargamos.  
 Acordaos de las víctimas ilustres  
 que su sangre por Chile derramaron.  
 ¿Será este un sacrificio al cruel desorden  
 por manos ambiciosas inmolados?  
 Tantas vidas preciosas, tantos héroes,  
 tantos tesoros y trabajos tantos. . .  
 ¿El despojo sean de un aspirante  
 que aún no glorie de tener esclavos?  
 El suelo mas ameno de la Tierra,  
 este Chile, mansión de tantos bravos,  
 que para sostener su independencia  
 aún empeña la lucha de diez años.  
 ¿Será el juguete de pasiones bajas  
 el triste patrimonio de un osado?  
 ¡Oh justos cielos! tempestad deshecha  
 estalle en nuestras naves mil de rayos  
 antes que retrocedan a'gún día  
 sobre un complot de ingratos no esperado.  
 ¡Oh, chilenas amables! de vosotras  
 una y mil veces es el alto encargo  
 de la seguridad de vuestra patria  
 mientras la de los incas libertamos.  
 Esos ojos divinos que a la esfera  
 robaron la luz blanda de los astros  
 cuando el p'acer derraman sobre Chile.  
 En las noches serenas del verano  
 vibran sólo centellas animadas  
 el pecho del perverso devorando  
 en tanto que los hijos de la patria  
 su día sostienen con el orden santo.  
 ¿Aún será necesario que os roguemos,  
 no améis al texedor, ni al odio insano,  
 ni a esos indiferentes más nocivos  
 que todos los rivales declarados?  
 ¿Iremos temerosos que al regreso  
 interpongáis empeños esforzados  
 que en la bondad nativa que os distingue  
 en deshonra del país hallan los malos?  
 No, compatriotas, no; dad una tregua,  
 o proscibid por siempre ese conato,  
 esa vil compasión que no merecen  
 los protervos si no es para burlaros.  
 Aquel pudor afable que en el rostro  
 el celo os fija del amor honrado

sea el fuerte antemural en que se estrellan  
las falsas seducciones del malvado.  
Ved aquí el testamento, el más solemne  
que a vuestro activo celo encomendamos.  
De la tranquilidad sois herederas,  
defended pues bien este legado.  
No vamos a morir. Vamos a un triunfo  
que los cielos ya nos tienen decretado  
para orlar vuestras sienes candorosas.

Reservamos el laurel sagrado,  
que ha de cortar aquel'a misma espada  
que en gloriosas jornadas se ha ensayado  
y en la que influye vuestra despedida.  
Un solo orgullo de amor, nuevo entusiasmo,  
Adiós, bellas, adiós. Sopla el sur fresco.  
el cañón hace señas. Ya marchamos.  
Nuestros suspiros os conduzca el viento.  
¿Quién negará la pena de dejaros?  
el hipócrita calla o el que no ama.  
¿El amor y el valor se han divorciado?  
Un himno preparad a estas virtudes  
que de la sociedad forman el lazo,  
y el honor de los genios invencibles  
a quienes el tesón no ha fatigado  
hasta llenar la empresa interesante  
de ver a todo el sud uniformado.  
Cantaremos un día victoriosos  
de esta marcha brillante el historiado,  
y la posteridad reconocida  
repetiendo los nombres de los bravos  
hará también una memoria tierna  
a los patriotas que lo reanimaron.  
¡Oh sexo amable, salve! ¡El cielo quiera  
que con la libertad pronto volvamos!  
Quiera haceros felices y a nosotros  
de Chile dignos y de vuestros brazos.